

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

## 2020

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

### *Historia de un asesino*

Moisés Grijalba San Julián

Miré a mi alrededor. Me encontraba en el jardín de una parcela privada, con el cuerpo que culminaba el reguero de cadáveres que llegaba desde el interior de la casa. No había reparado en géneros ni en edades y, pese a tener las manos manchadas de sangre, así como el resto de mi cuerpo, y al desolador panorama que había dejado, me dejé caer sobre mis rodillas y, finalmente, respiré, tranquilo.

Llegué corriendo a la calle de donde procedía la llamada de socorro. La zona se hallaba ya acordonada y enseguida se me acercaron varios de mis agentes contándome lo que sabían. La casa, decorada con globos y carteles de felicitaciones, se hallaba ahora iluminada por las luces de los coches patrulla y las ambulancias. Entré y sentí un escalofrío. Todo era sangre y cuerpos inertes que, en su intento de protegerse y huir, habían salido al jardín, donde se hallaba el resto de la familia. Y en el centro se encontraba un hombre, rondaría los 50, de rodillas, en la hierba, con una pistola tirada a un lado. “No le hemos querido tocar aún, pero no se ha movido en lo que llevamos aquí” me dijeron.

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2020

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

Lo primero que noté fue la oscuridad. Cuando mis ojos se acostumbraron a la tenue iluminación me hallé en una celda y, entonces, noté el frío. Poco a poco me fueron viniendo los recuerdos, los gritos, los llantos, las súplicas y luego el silencio, roto al poco por las sirenas, las luces y luego... nada. A medida que pasaba el tiempo, empecé a notar hambre, pero antes de que se me hiciera molesto me trajeron una bandeja con comida, simple, pero suficiente. Al otro lado de las puertas se intuía ajeteo, gente corriendo por el pasillo, gritos urgentes, enfados... Poco a poco conseguí sumergirme en un sueño ligero. Contrariamente a lo que cabría esperar, no soñé con sangre o culpa.

Lo teníamos todo, el arma, el asesino, las víctimas, aunque su autopsia no reveló ningún dato significativo... Lo único que nos faltaba era el móvil, el porqué, no necesario para condenarle sino para buscar algún posible cómplice y determinar si era por encargo o si era un caso aislado, de venganza, dinero o similar. Habría que investigar si había relación entre el asesino y la familia, aunque de ser algo personal, como una vieja rencilla, parecía algo excesivo, sin supervivientes, catorce muertos, cinco familias, tres menores y los dos abuelos de la cumpleañera, hija del dueño de la casa, además del resto de los adultos, los padres y tíos de la pequeña. Era por esto, más que por otra cosa, por lo que deseaba saber qué le había llevado a cometer el crimen.

Tras un par de horas encerrado oí a gente hablar fuera, e inmediatamente sonó la cerradura. Me incorporé, sin levantarme, a ver lo qué pasaba. Entró un policía, con aspecto de ser el que mandaba, a juzgar por el tono de los guardias con él, probablemente el que llevaba mi caso, supuse. Me trasladaron a una sala de interrogatorio, y por el camino intuí que nos encontrábamos en el departamento de la Policía Nacional. Tras estar un rato observándome, evaluándome, en silencio, me empezó a preguntar acerca de la procedencia del arma, sobre si había actuado solo o contaba con ayuda, qué me había motivado a asesinar a esa familia... Yo permanecí impassible y sin hablar, hasta que me cansé y, con ganas de acabar, le dije que no podía hacer nada por mí, que ya sabía que no saldría de prisión, a lo que contraatacó argumentando que podía conseguir que me llevaran a una prisión con ciertas libertades, y no a una de alta seguridad, sin tiempo libre, posibilidad de pasear o contactos con el exterior. No se daba cuenta de que ya no me importaba mi futuro.

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2020

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

Salí aún más frustrado tras el interrogatorio, ya que, quitando el hecho de que no me había dado nada de valor, apenas se había dignado a abrir la boca; tampoco presentaba signos de remordimiento, culpa o falta de cordura, sino más bien todo lo contrario. Parecía como si no le importara o afectara haber masacrado a una familia completa, él solo. Cuando me comunicaron que tenían la dirección de su casa fui ansioso, deseando ver cómo era el hogar de alguien capaz de cometer semejante atrocidad, además de comprobar a ver si nos daba algún dato o pista. Cuando entré me llevé una ligera decepción. La casa era normal, de clase media, sin lujos ni extravagancias, y se encontraba situada en un barrio nada conflictivo; en resumen, nada que justificara sus acciones. Vi varias fotos de la que supuse su familia, mujer y dos hijas, que en la foto más nueva que encontramos, tendrían unos dos y cuatro años, pero en la casa no había ni rastro de actividad familiar. Únicamente había prendas, intuí, del asesino, y ningún tipo de juguete, como correspondería, por lo que me propuse investigar su paradero al llegar a la oficina.

El tiempo en la celda me enfrentó a mi mayor enemigo, los recuerdos. En especial el que me llevaba impidiendo dormir los últimos quince años. La desesperación que sentí al llegar a casa y encontrarme la puerta entreabierta, mi mujer delante de mis hijas intentando protegerlas y estas agarradas de la mano, todas ellas muertas en el suelo. La furia con la que me enfrenté a los agentes cuando vinieron para llevárselas, cómo me desplomé después, la furia que sentí cuando me enteré de que había sido un intento de robo cuando apenas teníamos nada, no podría haber sacado más de mil euros, evitado por la huida del asesino, asustado tras ser sorprendido por mi familia. Finalmente, abrumado por la pena y el dolor, me deshice en llantos.

Introduje el nombre del asesino en la base de datos policial y me quedé de piedra. Lo primero que aparecía era una noticia de 2005, en la que narraba el asesinato de la joven familia de un repartidor, que al llegar a casa de trabajar se topó con su familia en el suelo, sin vida. Nunca se encontró al asesino, y el caso se cerró dejando a un hombre destrozado, con continua medicación y tratamiento psicológico. A nadie extrañaría que el asesino actual, víctima de hace quince años, buscara venganza; la pregunta era, si sería alguno de los

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2020

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

familiares asesinados el culpable, y de ser así, ¿cuál? Lo más obvio, que el asesino fuera el dueño de la casa donde sucedió el crimen, así que empezaríamos a buscar por ahí.

Lo de que el tiempo todo lo cura es falso. Hay heridas demasiado profundas como para curarse, a pesar de que mi psicólogo insistiera en repetirlo unas cuantas veces cada sesión. Al final, lo único que me fue devolviendo poco a poco a la vida real fue el iniciar la búsqueda del asesino, tras el fracaso de la policía. Un día leí en el periódico que se le habían conseguido atribuir dos robos en mi barrio, así que se me ocurrió una forma de encontrar al asesino. Tras ir a comisaría con mi idea, que fue descartada por loca y vaga, empecé a estudiar informática, ya que con lo que me pagaban de indemnización por mis pérdidas y por estar “mentalmente trastornado” me daba para vivir, y tiempo... me sobraba tiempo. Esto fue recibido con mucha alegría por parte de los médicos y de mis conocidos, pero era todo una excusa. Después de cinco años de trabajo duro y muchas horas sin que pasará un minuto en el que perdiera de vista mi objetivo, ya controlaba lo suficiente como para poder hacer lo que me había propuesto.

Revisé los casos de allanamiento de morada y robo en los archivos de la policía, y vi que por esas fechas se habían denunciado varios robos, bastante profesionales, en los que el ladrón no dejó huella. Investigaron a varios sospechosos y al final encerraron a nuestra víctima, el padre de la familia, tras serle atribuidos dos de los múltiples robos que presuntamente cometió, aunque nunca se pudo demostrar su relación con el crimen ni con otros robos, por lo que a los pocos años fue puesto en libertad condicional y, tras tres años de comportamiento excepcional, la policía le dio la plena libertad. Después de esto, nueve años después del asesinato, se casó y tuvo su primer hijo; además, buscó un trabajo y logró que todo funcionara de forma normal en su vida. Sin embargo, siempre quedó la duda de si sería él el asesino.

Conseguí acceder a las cámaras de mi barrio, lo que según los agentes sería insuficiente y podría ser tachado de casualidad, y pasé horas, días, meses, revisando las grabaciones de calles cercanas, tomando nota de los coches, cuáles eran habituales y cuáles no, y conseguí una lista bastante larga de gente

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2020

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

que las semanas anteriores había pasado por el barrio. Sabía que con eso no bastaría, por lo que me acordé de un radar, conocido por todos los vecinos, a la salida principal del barrio. Entrar en sus datos me llevó tiempo y tuve que ponerme en contacto con una serie de ciberdelincuentes de baja talla; ellos me dieron la clave que necesitaba. Vi que, como era habitual en un radar de un barrio pequeño como el nuestro, no había muchas infracciones captadas, pero dos coincidían con el día del suceso. Analicé sus matrículas con las notas que tenía de las grabaciones y las dos coincidían; sin embargo, una era de las horas posteriores. Ya tenía a mi hombre.

Se me ocurrió que con los nuevos avances en la tecnología criminalística en los últimos años quizás consiguiéramos sacar algo de los fragmentos de bala recuperados, inservibles entonces. Bajé al sótano, donde se hallan las pruebas de todo caso abierto por la comisaría, y llevé los restos de las balas, tres, al laboratorio. Con un análisis y una reconstrucción digital de las balas apareció en pantalla la bala, con una huella parcial en ella. Cotejada y unida con otros restos de huella presentes en las otras balas nos dio un hombre. Nuestro hombre. Mi víctima pasaba a ser asesino.

Lo que vino después fue fácil, conseguí un contacto de un traficante de armas cortas, discretas. Me puse en contacto con él y me dio lo necesario para ejecutar mi venganza. Comencé a vigilar al hombre y estudié sus salidas, entradas y rutinas. Cuando empecé a ver los preparativos de un cumpleaños: regalos, comida, decoración, me decidí a actuar. Esa semana terminé de retocar el plan que llevaba planeando algo más de un año. Cualquiera pensaría que, tras catorce años pasados y un año de vigilancia a una familia que se quería y que llevaba una vida normal, humilde, podrían surgir dudas o remordimientos. Quien piense eso es que no conoce el dolor de perder todo por el egoísmo de un tercero, por su codicia y falta de conciencia. Y con esos pensamientos en la mente, la pistola en la mano y hielo en el corazón, irrumpí en la casa.